

CAPITULO III.

POETAS DEL IMPERIO.

M. ANNEO LUCANO.—M. VALERIO MARCIAL.

Educacion de Lucano.—Su amistad con Neron.—Rompimiento entre ambos.—Despecho de Lucano.—Su muerte: sus obras.—La *Pharsalia*.—Juicio de este poema.—Caractéres de César y de Pompeyo.—Estilo y lenguaje de Lucano.—Juventud de Marcial.—Opiniones de los eruditos sobre este poeta.—Diferentes aspectos de su vida.—Influencia de las vicisitudes de esta en su genio poético.—Marcial, considerado bajo diversos aspectos.—Disparidad entre el genio de Lucano y de Marcial.—Influjo de la educacion de uno y otro en sus obras.—Paralelo entre Lucano y Góngora, Marcial y Lupercio de Argensola.—El ingenio español presenta los mismos caractéres en las más apartadas edades.

Célebres en la república literaria son los nombres de los dos ingenios, que hemos colocado al frente de estas líneas: ambos nacieron en España; ambos florecieron en la corte de los Césares, y sin embargo distinta es la suerte que desde la cuna los cobija, diferencia que no puede menos de reflejarse en los escritos de uno y otro, bastando acaso para caracterizarlos. Marco Anneo Lucano nace en medio de los honores y de las riquezas, y se educa en los palacios de los emperadores: Marco Valerio Marcial abre los ojos

á la luz en humilde cuna, y tiene por escuela el infortunio y la pobreza: aquel se hombra con los magnates y cuenta por compañero de sus estudios al heredero de la púrpura: este solicita la proteccion de los patricios, y se granjea la compasion de los emperadores, lisonjeando su vanidad y su orgullo. Mas á pesar de esta diversa situacion, que importa reconocer convenientemente para apreciar en su valor verdadero las obras de tan señalados poetas, no pueden menos de descubrirse en sus producciones aquellas dotes, que en los ingenios españoles resaltan desde la antigüedad más remota, reflejándose en ellas, con la misma fuerza que en las obras de Séneca, el estado social y político de la capital del mundo.

Marco Anneo Lucano aparece á nuestra vista como el más legítimo heredero de Lucio Anneo Séneca: nacido en Córdoba por los años 36 de Cristo, fué llevado á Roma en su más tierna edad, despertando desde su niñez las esperanzas de sus padres, Anneo Mela y Caya Acilia ¹, de noble y distinguido linaje, quienes pusieron su educacion al cuidado de insignes gramáticos, retóricos y filósofos. Fueron estos Q. Remmio Palemon, Flavio Virginio y Cornuto ², que á la sazón gozaban en aquella metrópoli de grande nombradía. Entrado ya en la adolescencia, reclamó Séneca para

¹ Digno es de tenerse presente que los primeros comentadores de Lucano supusieron, como los de Hesíodo, que siendo niño, se vió su cuna rodeada de abejas, las cuales se posaron en sus labios «aut dulcem iam spiritum eius in-»haurientes, aut facundum... futurum significantes.» Lo mismo se dijo, entre otros muchos, del inmortal cantor de Beatriz, manifestando la relacion de estos prodigios que al reconocer la superioridad de los grandes hombres, acude siempre la humana flaqueza á lo sobrenatural y maravilloso, para no confesarse humillada y vencida.

² Era tanta la fama de Palemon, que Suetonio asegura haber logrado el primer lugar entre los gramáticos (principem locum inter grammaticos tenuit). Su arrogancia fué tal, sin embargo, que dió á Varron nombre de puerco (ut Varronem *porcum* appellaret), añadiendo que con él habian nacido y debian morir las letras (et natus et moriturus litteras) (Suetonio, *De illust. gram.*, cap. XXIII). No menor reputacion alcanzaron Virginio y Cornuto: maestro el último de Persio, y grandemente aplaudido por la juventud romana, tuvo la desdicha de caer en desgracia de Neron, que le desterró el año 54 de J. C. Lucano le debió las primeras nociones de la filosofia estóica.

si la enseñanza de su sobrino, procurando iniciarle en los sistemas filosóficos por él seguidos, así como tambien en las máximas literarias, realizadas en sus tragedias. Tenia Lucio Anneo á su cuidado la educacion de Domicio, hijo de Agripina, cuyas intrigas le habian abierto el camino del Imperio: deseando preparar brillante porvenir al hijo de Mela, asocióle al joven Domicio, quien prendado luego de su viveza y buen natural, cobró por él extremado cariño. Creia Séneca de este modo realizada la obra de su ambicion respecto de Lucano, y no advirtió que era la amistad de Neron el más fatal presente que podia hacer á su familia.

Señalábanse ambos jóvenes por su amor á la poesia, en cuyo cultivo, así como en el de la música, mostraba el hijo de Agripina no despreciables dotes: Lucano consagraba las primicias de su ingenio á celebrarlas ¹; y dominando en Roma, cual síntoma de inevitable decadencia, la vana costumbre de recitar los poetas sus propias producciones en los teatros públicos, acudieron ambos á ostentar en aquellos palenques sus lozanos ingenios. Temeroso Lucano de causar enojos á su imperial compañero, que preciaba más la corona del músico y del poeta que la púrpura de los Césares, habia refrenado siempre el vuelo de su imaginacion, rica y poderosa, rindiendo el lauro de tan hidalga liza á los pies de su coronado rival ². Llegó al cabo un momento en que no fué dado al hijo de Córdoba recoger las alas de su indomable ingenio, y aquel momento fué la señal de su ruina. Cumplióse el plazo designado para aspirar al gran premio, que debia adjudicarse en el magnífico teatro de Pompeyo: Neron y Lucano aparecieron pues como competidores: juzgaba el primero que nadie osaria disputarle la pal-

¹ Nec tamen ludicrae tantum Imperatoris artes notescerent, carminum quoque studium adfectavit, contractis quibus aliqua pangendi facultas (Tacito, *Ann.*, lib. XIV, cap. XVI). «M. Annaeus Lucanus, cordubensis, prima ingenii experimenta in Neronis laudibus dedit» (Suetonio, *Lucani Vita*).

² Este sacrificio del amor propio no podia ser duradero en quien no carecia en verdad de legítimo orgullo. Los escritores de la antigüedad motejaron no obstante á Lucano de jactancioso; y Suetonio observa que «tantae levitatis et tam immoderatae linguae fuit, ut in praefatione quadam aetatem et initia sua cum Virgilio comparans, ausus sit dicere: *Et quantum mihi res-»tat ad Calicem?...*» (*Lucani Vita*).

ma, acostumbrado á gozar los honores del triunfo: pesaba al segundo el ceder tan fácil y constantemente el galardón de una lucha, donde reconocía la superioridad de sus fuerzas; y aguijoneado por el instinto de la independencia, que anidaba en su pecho, se presentó en el teatro de Pompeyo, resuelto á no dejarse vencer sin verdadero certámen.

Cantaba Lucano la bajada de Orfeo á los infiernos para liberar á su perdida esposa ¹: Neron habia tomado por asunto de sus versos la metamorfosis de Niobe. Todo lo más ilustre de aquella metrópoli, que así buscaba el olvido de su degradación por el camino de los deleites, estaba en el teatro: allí habian concurrido también todos los más insignes poetas del Imperio. Largos aplausos resonaban, al terminar cada uno de aquellos vates la recitación de sus composiciones: parecia sin embargo inclinarse el triunfo á favor de Neron, cuando apareció Lucano en la escena. Su aspecto noble y simpático, su continente desembarazado y resuelto, su mirada altiva y serena, no pudieron menos de producir en los espectadores inesperada sensación, á que hubo de seguirse profundo silencio. Empezó Lucano á recitar la composición, en que fiaba su pretendida victoria: su voz clara, vibrante y majestuosa crecía á cada momento; radiaban sus ojos de entusiasmo, y parecia tomar su figura colosales dimensiones. Suspenso primero el auditorio, y arrebatado después del mismo entusiasmo que agitaba al hijo de Mela, prorumpió al cabo en prolongados vitores y aplausos, no reparando ni el público ni el poeta en la presencia de Neron, y olvidando de todo punto que se contaba en el número de los contendientes. Sobrecogido el César por aquella imprevista derrota, é irritado contra el amigo que le habia vencido

¹ Nicolás Funcio, *De Imm. LL. Senectute*, tratado XXXIII. Publio Papiño Estacio, que sobrevivió á Lucano, decia en su *Genethliacon* (de que más adelante hablaremos) respecto de este desgraciado poema:

Ingratus Nero dulcibus theatris
Et noster tibi proferetur Orpheus.

De aquí parece deducirse sin repugnancia que, escribiendo Estacio después de la muerte del discípulo de Séneca, hubo de recitarse de nuevo el *Orfeo* en los teatros públicos, siendo aplaudido á despecho de Domicio.

y contra la muchedumbre que declaraba el vencimiento, se alzó colérico de su silla, atravesó precipitadamente por entre los senadores y patricios, congregados para solemnizar su esperada victoria, y salió del teatro de Pompeyo, dejando á todos atónitos con tan extraña conducta. Tembló también Lucano, al volver en sí de aquel arrebató poético, y comprendió que la retirada de Domicio era una formal declaración de guerra. La saña de Neron estalló en efecto, prohibiendo á su amigo y condiscípulo, primero que recitase en público, después que escribiese composición alguna ¹.

No podia ser más terrible para Lucano el castigo impuesto á su impaciente ingenio: habia nacido poeta, y el prohibirle escribir y recitar sus versos era lo mismo que condenarle al más cruel suplicio. Exasperado por el rigor de aquel tiránico precepto, acabó Lucano por odiar al amigo de su juventud ², en quien habia fundado sus sueños de gloria y de quien habia recibido ya riquezas y honores ³. Vehemente y fogoso en el odio, como en el cariño, fué tan lejos el hijo de Mela, que no vaciló en tomar parte muy

¹ Peregrino es por cierto el espectáculo que ofrecen á la contemplación de la crítica aquellos príncipes que más deshonraban la púrpura de los Césares. Calígula, que se burla de Lucio Anneo Séneca, juzgándosele superior en el arte declamatoria, le condena á muerte, porque le vence su elocuencia ante el Senado: Neron, cuya vanidad llegaba al punto de no sospechar rivales en el cultivo de la declamación, de la música y de la poesía (Suetonio, *Nero*, cap. XXI), teniéndose por más poeta que Lucano, intenta sellar sus labios, al ser vencido en el teatro. Y lo más notable de todo, lo que descubre la singular contradicción en que vivian aquellos tiranos, es el considerar que la tribuna y la elocuencia habian perecido virtualmente al golpe de sus iras, no contribuyendo poco sus liviandades y extravagancias á precipitar la ruina de la poesía y de las letras, en medio de la mortal corrupción que inficionaba la sociedad gentilicia.

² Suetonio dice al propósito: «Neque verbis adversus principem, neque factis exstantibus post haec temperavit: adeo ut quondam in latrinis publicis, clariore strepitu ventris emisso, hemestichium Neronis, magna consessorum fuga, pronunciavit: *Sub terris tonuisse putes (Lucani Vita)*. Suetonio intenta con el último rasgo bosquejar el carácter de Lucano, quien, según él, fué más suelto de lengua y menos circunspecto de lo que á su felicidad convenia.

³ Aun no habia Lucano cumplido la edad de 17 años, cuando le distinguió Neron, concediéndole la *Questura*, dignidad que sólo podia ejercerse, según unos historiadores, á los 25, y según otros á los 27 ó 30. Poco tiempo después fué honrado con el *Sacerdocio*. La *Questura* de Lucano fué

principal y activa en la conjuración¹, á cuya cabeza habian puesto el tribuno Subrio Flavio y el centurion Sulpicio Aspro á uno de los más ilustres patricios. La conspiración de C. Pison fué descubierta, y condenado á muerte M. Anneo Lucano, como otros muchos conjurados. Aquel hombre que tanto arrojo y valor habia mostrado contra el tirano, tembló al aspecto del suplicio, y más débil de lo que pedia su propio decoro, cometió el repugnante crimen de revelar los nombres de sus amigos y de acusar á su propia madre, que era inocente, como tal conspiradora². Animado despues del espíritu estóico, que habia recibido de Séneca, desplegó serenidad tanto más notable cuanto mayor habia sido su flaqueza; y obtenida del César la libre elección de muerte, escribió á su padre algunas cartas sobre la corrección de ciertos versos suyos, y habiendo comido largamente, mandó á su médico que le rompiera las venas, recitando al expirar algunos pasajes del único poema que ha llegado á nuestros días³, y prodigando tiernas caricias á

señalada por haber restablecido la fiesta de los gladiadores, que costó de su peculio, á pesar de eximirle la ley de esta obligación, aneja antes al referido cargo.

1 Suetonio observa, para pintar la vehemencia de Lucano: «Ad extremum »paene signifer Pisonianae coniurationis exstitit: multus in gloria tyrannicidarum palam praedicanda, ac plenus minarum; usque eo intemperans, ut »Caesaris caput proximo cuique iactaret» (*Lucani Vita*). Tácito decia, al narrar la conjuración písónica: «Et Lucanus Annaeus, Plautiusque Lateranus [consul designatus] vivida odia intulere. Lucanum propriae caussae accendebant, »quod famam carminum eius premebat Nero, prohibueratque ostentare vanus »aemulatione. Lateranum... nulla iniuria, sed amor reipublicae sociavit» (Libro XV, cap. XLIX).

2 Suetonio formula esta terrible acusación, diciendo: «Facile enim confessus, et ad humillimas devotus preces, matrem quoque innoxiam inter »socios nominavit, sperans, impietatem sibi apud parricidam principem profuturam» (Ut supra).

3 Suetonio, loco citato. El severo Tácito, que se muestra favorable á la familia de los Sénecas, trazada con dolorosos y terribles rasgos la muerte de L. Anneo, pintaba así la de Lucano: «Is, profluente sanguine, ubi frigescere »pedes manusque et paulatim ab extremis cedere spiritum, fervido adhuc et »compote mentis pectore, intelligit, recordatus carmen a se compositum, quo »vulneratum militem, per ejusmodi mortis imaginem obiisse tradiderat, versus ipsos retulit: eaque illi suprema vox fuit» (Lib. XV, cap. LXX).

su esposa, Pola Argentaria⁴. Lucano pasada de esta vida á los 27 años de edad (en el 63 de Jesucristo), víctima de su intemperancia, bien que impulsado por el despecho y la indignación que engendraron en su alma las iniquidades y tiranías de Domicio: el César parricida que no sabia perdonar, mandaba sin embargo escribir en un magnífico sepulcro estas palabras:

M. ANNEO LUCANO
CORDUBENSI POETAE
BENEFICIO NERONIS FAMA
SERVATA².

La obra principal de este ilustre español, la que ha bastado para transmitir su nombre y su gloria á nuestros días, es el poema designado con el título de *Pharsalia*³, del cual decia él mismo:

..... Pharsalia nostra

1 Y no sin razón: Pola Argentaria, tan discreta como hermosa, no solamente cerró los ojos á su esposo, sino que transmitió con solícito anhelo su nombre á la posteridad: «Uxor Lucani (dicen los más doctos comentadores) »Polla Argentaria post excessum mariti *Pharsaliam* eius emendavit: imo et »viventem in carmine dicitur adiuvasse» (G. J. Vossio, *De veter. poet. temp.*). Las mujeres ilustres no eran peregrinas en la familia de los Sénecas: Helvia, abuela del mismo Lucano, brillaba por su belleza no menos que por su talento y su erudición, segun nos dice repetidamente su hijo L. Anneo. Marcial dirigió á Pola varios de sus más bellos epigramas, y en uno de ellos (lib. X, epig. LXIV), recordando á Lucano, le decia:

Ille tuus vates, Heliconis gloria nostri,
Pieria caneret cum fera bella tuba,
Non tamen erubuit lascivo dicere versu, etc.

2 Traen esta notable inscripción Pedro Crinito, en su libro *De Poetis* (Vida de Lucano), y Juan Alberto Fabricio en su *Bibliotheca Latina*, habiéndola copiado despues otros muchos autores, así nacionales como extranjeros. Don Nicolás Antonio sospecha que es espúria y apócrifa (*Biblioth. Vet.*, tomo I, cap. X). Que Lucano fué sepultado en suntuoso monumento, parécenlo probar las palabras del poeta de Aquino, cuando exclama (Sat. VII, vs. 79 y 80):

Contentus fama iaceat Lucanus in hortis
Marmoreis. . .

3 Nada podriamos decir de las composiciones sueltas de Lucano, é igno-

Vivet et a nullo tenebris damnabitur aevó¹.

Sin duda este juicio que el discípulo de Séneca nos trasmite sobre su poema, ha sido causa de que no todos los críticos hayan procedido, al juzgarle, con igual madurez y templanza, siendo por extremo contradictorias las opiniones que respecto de su mérito se han formado. Quién le ha considerado como excelente poeta ó aventajado filósofo: quién le ha clasificado entre los oradores é

rariamos hasta sus títulos, si Estacio, á quien en otra nota hemos ya citado, no nos hubiese dejado noticia de ellas, dándonos brillante idea de su mérito é importancia. Barthio, que puso curiosas anotaciones al poema de Papinio, en que se mencionan, las designa con los siguientes títulos: 1.^a *Orpheus*, obra dividida en tres libros y escrita de repente, para el certámen que dejamos referido: 2.^a *Iliacon*, poema compuesto de un solo libro sobre la destrucción de Troya: 3.^a *Hectoris Lytra*, ó rescate de Héctor: 4.^a *Saturnalia*, obra destinada á celebrar los días feriales de Saturno: 5.^a *Catacomon*, siendo varia la inteligencia que dan los críticos al título de este poema. Escaligero y Vosio leyeron *Catacausmon* ó *Catacaumon*, voz que significa incendio, aludiendo al de Troya; Crinito se allegó á la misma opinion, bien que inclinándose á creer que alude al incendio que intentó Neron poner á Roma; Luctacio, escoliador de Papinio, suponiendo que forme esta composicion alguna parte de los X libros de las *Selvas*, asegura en el IX de la *Thebaida* que debe leerse *Catagonion*; Barthio, que al comentar el verso 60 del *Genethliacon* se arrimó al dictámen de Escaligero y Vossio, aseguró en el capítulo III del libro XXIII de los *Adversarios*, que debía leerse *Catascopion* (atalaya), juzgando que esta composicion era más bien una sátira que un poema serio: el genio de Lucano no estaba sin embargo templado para la sátira jocosa: 6.^a *Sylvarum X*, produccion que pareció recordar el mencionado Estacio en sus cinco libros, dirigidos al mismo propósito: 7.^a *Tragoedia Medea*, donde pretendió sin duda vencer á Ovidio y á Séneca, autores de otras dos tragedias con el mismo argumento: 8.^a *Salticae Fabulae XIV*; y 9.^a el poema intitulado *Hyppamata*. Distinguióse también entre los declamadores, mostrando grande habilidad en las controversias. Mas sólo ha llegado á nosotros la noticia de dos oraciones, dirigidas una á defender á Octavio Sagita del crimen de estupro y asesinato, que se le imputaba, y otra á convencerle de que habia sido el desflorador y asesino de Poncia Postumia (*In Octavium Sagittam, ei pro eo*). Al mismo tiempo se le atribuyen un libro *De incendio Urbis*, y otro *Epistolarum ex Campania* (don Nicolás Antonio, *Biblioth. Vet.*, lib. I, cap. X; Rodriguez de Castro, *Bibliot. Españ.*, art. *Marco Anneo Lucano*, pág. 84 del tomo II).

¹ Phars., lib. X, verso 995.

historiógrafos: estos le han puesto entre científicos y repúblicos: aquellos le han tildado por último de orgulloso, oscuro y vano. Nadie ha osado, sin embargo, negarle ni su grande imaginacion ni su elevado talento; mas de tan contrarios pareceres no ha podido surgir todavía el imparcial juicio de Lucano ni de su *Pharsalia*¹.

¿Pero debe ser considerada esta obra como una verdadera epopeya?... ¿Es una simple historia de las guerras civiles entre pompeyanos y cesarienses?... Difícil nos parece en gran manera el dar respuesta satisfactoria á cualquiera de ambas preguntas.

Cuando florece Lucano, no era ya dado al poeta épico cantar, como Homero, las guerras de los reyes y de los hijos de los dioses, infundiendo su espíritu y dando vida á una civilizacion tan poderosa, ni á una literatura tan rica y bella, como la civilizacion y literatura helénicas: ni era tampoco hacedero en aquellos angustiosos instantes el recordar los mentidos orígenes de Roma, para halagar, como Virgilio, con armoniosos y simpáticos acentos la desvanecida omnipotencia de un Augusto. La voz del discípulo de Lucio Anneo se levantaba en medio de una muchedumbre des-

¹ Sin que pretendamos recoger en este lugar todos los juicios favorables al gran poeta de Córdoba, y dejando para luego los que le niegan tan alto y merecido galardón, será bien recordar, entre sus más apasionados admiradores, al docto García Matamoros, de los españoles, y al erudito Sulpicio Verulano de los extranjeros. Ambos le comparan con Virgilio, no pareciendo sino que procuraban explicar las palabras que dejamos ya trascritas del sobriño de Séneca (pág. 99, nota 2): el primero dice: «Lucanus qui, si immaturo »interceptus non fuisset obitu, non est quidem dubitandum, quin claros Vir- »gilii manes ad invidiam tanti decoris, quantum in eius illuxit Pharsalia, es- »set permoturus» (*De asser. Hisp. erudit.*). El segundo escribe: «Magnus »profecto est Maro, magnus Lucanus; adeoque prope par, ut qui sit maior, »possis ambigere. Summis enim uterque est laudibus eloquentiae cumulatus. »Dives est et magnificus Maro. Hic sumptuosus et splendidus; ille maturus, »sublimis, abundans. Hic vehemens, canorus effusus: ille venerabilis, ponti- »ficio modo, quadam cum religione videtur incidere. Hic cum terrore conci- »tatus imperatoris: ille cura et diligentia cultus. Hic natura et studio perpo- »litus: ille suavitate et dulcedine animos rapit. Hic ardore et spiritu complet. »Virgilius nitidus, beatus, compositus: Lucanus varius, floridus aptus» (*Epist. ad Antonium Palavicinum*). Obsérvese que estos juicios, especialmente el último, se refieren sobre todo á las formas externas.

creída, agitada por el torbellino de la ambición y del crimen, conmovida profundamente por el doloroso presentimiento de su próxima ruina, y envilecida al propio tiempo por los sangrientos y afrentosos desmanes de la más repugnante y absurda tiranía. Debió su canto ser desusado, para vibrar en los oídos y en los corazones de aquellos muelles romanos, que dominados por la duda y combatidos por la desesperación á que servía de espuela y de incentivo la doctrina estoica, tenían perdido su antiguo esfuerzo, mancillada su dignidad y humillada su independencia. Aspiró tal vez, para lograr tan altos fines, y hastiado de las imitaciones del arte griego, á restituir á la poesía romana su antigua energía, resucitando su forma heróico-histórica y recordando sus orígenes, sepultados ya en profundo olvido ¹; y ningún asunto más eficaz, ninguno más íntimamente enlazado con la vida del pueblo romano que el de aquellas *guerras más que civiles* [bella plus quam civilia] que habían postrado á los pies de César todo el poder y arrogancia de la República. Semejante transformación, que el mundo contemplaba absorto (preparación de otra más grande y trascendental para el género humano), fué pues considerada por Lucano como asunto digno de su musa, para acusar al Pueblo Rey, de cuyas manos había caído el cetro del mundo, de la indolente ingratitud, con que daba al olvido el sacrificio de Pompeyo y de Catón, hecho en aras de la libertad romana.

Aquel pueblo, que sólo conservaba en medio de su espantosa degradación, un resto de impotente orgullo, recibió no obstante con no esperado aplauso tan peregrinos cantares, y pensó tal vez en el exterminio del tirano, que tan inicualemente le oprimía. Pero el pueblo y el poeta sucumbieron al hacha de los lictores, siendo de todo punto infecundos los esfuerzos y la sangre de entrambos, para redimir á la patria de su abyección y servidumbre. Hé aquí naturalmente explicado el extraordinario aplauso que obtuvo en Roma la *Pharsalia*, llegando al punto de ser preferida, no sólo á las más celebradas obras de Ennio, Lucrecio y Ovidio, sino también á la inmortal creación de Virgilio. Estacio, que presencia

¹ Federico Schlegel, *Historia de la literatura antigua y moderna*, tomo I, cap. III.

aquel inusitado éxito, se expresaba de esta manera en su elegante *Epitalamio* al nacimiento de Lucano:

Mox coepta generosior iuventa
 Albos ossibus Italis Philippos,
 Et Pharsalica bella denotabis,
 Et fulmen duces inter arma Divi,
 Libertate gravem pia Catonem,
 Et gratum popularitate Magnum.
 Tu Pelusiaci scelus Canopi
 Desebis pius, et Pharo cruenta
 Pompeio dabis altius sepulchrum.
 Haec primo juvenis canes sub aevo
 Ante annos Culicis Maroniani.
 Cedet Musa rudis ferocis Enni,
 Et docti furor arduus Lucretii,
 Et qui per freta duxit Argonautas:
 Et qui corpora prima transfigurat.
 Quin maius loquor?... Ipsa te latinis
 Aeneis venerabitur canentem.

No es posible llevar más lejos la alabanza del poeta que había *cantado los latinos*. Y sin embargo, considerado el estado social y político de Roma, quitada la corrupción de la moral y tenido en cuenta el reprehensible olvido de las costumbres republicanas, no era ya la lucha de César y de Pompeyo asunto bastante á resucitar la primitiva poesía del Lacio, ni á encender el apagado patriotismo del pueblo, cuya libertad había expirado en los campos de Farsalia. Aquella lucha tenaz y sangrienta, que despedazaba el seno de la madre patria, llevando á todas las regiones el escándalo del nombre romano, sin verdadera gloria de sus hijos, era esencialmente humana; y lejos de prestarse á los elevados y heróicos acentos de la trompa épica, pulsada por Homero, sólo podía ministrar al poeta argumento propio del drama, siendo imposible por tanto que ningún arte, ningún ingenio lograra transformarla en asunto épico ¹. Mas sobre no existir verdaderas tradiciones heróicas en el teatro latino, ni podía contentarse Lucano con el artificial aplauso de los eruditos, ni le satisfacía el laurel trágico alcanzado por L. Anneo Séneca en los salones aristocrá-

¹ Schlegel, ut supra.

teicos, cuando la inquietud é impaciencia de su ingenio le impulsaban á conquistar la admiración de la muchedumbre, legando á la posteridad una obra digna de Roma (*immensum opus*). El discípulo de Séneca, más ambicioso que su maestro, escribió un poema; pero un poema, propio de aquella edad de duda y de vacilación religiosa, de extravío filosófico y de envilecimiento político, llevado al más alto punto; un poema esencialmente humano, y formalmente histórico.

Por eso los que exijan como indispensables condiciones de la epopeya, que refleje esta la edad heroica de los pueblos, y con ella la civilización de dos naciones rivales, resultando del choque de ambas el triunfo de la más enérgica y poderosa, y señalando así los pasos de la humanidad en su carrera de ilimitado progreso, no encontrarán satisfechas estas condiciones artísticas en el poema de Lucano. En la *Pharsalia* sólo se pinta una lucha liberticida; mas detrás de esa lucha, se descubre tal vez la emancipación futura de las naciones tiranizadas por la República, entre las protestas de un patriotismo que admira y envidia la austeridad y rigidez de Catón, contrastando poderosamente la educación palaciega del poeta: detrás de esa lucha palpita la sociedad romana, revelándonos al par la idea religiosa y la idea filosófica, como revela claramente la idea política del siglo de los Calígulas y Nerones.

Lucano, para quien los dioses de Hesiodo y de Homero eran simples creaciones del arte, ni podía inspirarse en la teogonía helénica, ni pedir al Olimpo romano más dioses ni creencias que las reveladas por sus poetas, sus filósofos, sus historiadores y sus repúblicos. Roma había anhelado adorar un dios ignoto¹: su nombre no podía ser revelado sin duro escarmiento²; pocos le conocían³, desdeñándose los más doctos de inquirir los

1 Romani... Deum, in cuius tutela Urbs Roma est, ut ipsius Urbis nomen ignotum, ignotum esse voluerunt (Macrobio, *Saturnal.*, 111, 9).

2 Nomen Numinis, quod Urbi Romae praest, sciri sacrorum lege prohibetur: quod ausus quidam tribunus plebis enunciare, in crucem est sublatus (Servius, *In Aeneid.* lib. I, v. 447).

3 Nunc vix nomen [dei] notum paucis (Varron, *LL. Viril.*, p. 50).

misterios de su religión, y de saber las ceremonias de su culto⁴. Al tender su yugo de hierro sobre todas las naciones, había poblado el Panteón y el Capitolio con los dioses de todas las teogonías é instituido otros nuevos⁵. La religión de Roma no estribaba en el amor de la criatura á su Hacedor: su fundamento era el miedo⁵; su númen la duda; su efecto la indiferencia⁴, y cuando dividida la sociedad en sangrientas banderías, invoca cada una sus dioses; cuando avasallada por la tiranía de los Césares, consiente en que se revistan estos con los atributos de la divinidad y usurpen los altares de Júpiter⁵, ni era posible que Lucano, dado ya el pensamiento de su poema, crease una nueva religión artística, ni vacilara un momento en presentar aquella sociedad con su propia índole y colorido. La falta de un principio inmutable en las esferas religiosas, la negación de un criterio salvador en la moral, habían levantado altares á la *Fortuna*: sus caprichosos dones eran derramados con incierta mano sobre el criminal y el virtuoso, mostrándose ciega así en sus beneficios como en sus rigores. Lucano, vencido por el repugnante espectáculo que le ofrece la Roma Imperial, concibe sólo, como deidad suprema, á la *Fortuna*, sustituyendo con ella al terrible destino [*Εἰμαρμένη*] de los griegos. Hé aquí toda la creencia religiosa de su siglo, reflejada en la *Pharsalia*.

Pero si la religión de la Roma Imperial alcanza sólo á elevar el genio de Marco Anneo á las tumultuarias y movedizas regiones de la *Fortuna*, firme en el propósito de reflejar en su poema el mun-

1 Ciceron, cuya competencia no puede recusarse, decía: «Nihil loquor de pontificio iure, nihil de ipsius verbis dedicationis, nihil de religione, caerimoniis: non dissimulo me nescire ea (*Pro domo sua*, XLVI, 121).

2 Tito Livio con la ingenuidad que le caracteriza, escribe: «Peregrinos deos trastulimus Romam, et institimus novos (*Hist. ab urbe cond.*, l. V).»

3 El ya citado Servio observaba al propósito: «Religio, id est, metus (*In Aeneid.*, lib. VIII).

4 Tratando de uno de los puntos más interesantes de la religión gentilica, declara Ciceron: «Libros [augurum], si qui sunt reconditi, non scrutor: non sum in exquirendo iure augurum curiosus» (*Pro domo sua*, XV, 39).

5 Suetonio, *Caligula*, cap. XXII; Dion Casio, *Hist. roman.*, lib. LIX, Caligula, IV.

do romano, tampoco puede llevarle la filosofía más allá del Pórtico. Doctrina era esta que habían recibido, como única áncora de salvación, los más granados y varoniles espíritus de aquella sociedad caduca: Lucano la había bebido también de labios de Lucio Anneo Séneca¹ en medio de las continuas vacilaciones que aquejan al gran filósofo de Córdoba; y cuando al levantar sus miradas para contemplar los últimos héroes de la República, descubre en primer término la noble figura de Catón, no vacila en señalarle cual perfecto emblema de la idea estóica, imaginando realizar, al trasferirlo á su poema, el único ideal humano, posible ya en su tiempo.

Si pues no aspira Marco Anneo Lucano á cantar los hijos de los dioses, ni los primitivos héroes; si engendrada en su mente, ya por el odio á la tiranía, ya por el aborrecimiento del tirano, la generosa idea de despertar el antiguo heroísmo del Pueblo Rey, toma para su poema un asunto altamente histórico; y si obedeciendo la ley superior de su manifestación, busca en la sociedad que le rodea, los elementos de vida que ha menester para dar cima á su obra, ¿cómo será posible juzgar al discípulo de Séneca conforme á los estrechos cánones establecidos por los retóricos que le negaron el nombre y la gloria de poeta²? ¿Ni cómo le he-

¹ Véase el juicio de Lucio Anneo, considerado como filósofo, en el capítulo anterior. Estudiados allí el estado y carácter de la idea filosófica en la Roma imperial, no hay para qué detenernos ahora sobre este punto.

² Reciente aun en Roma la fama de Lucano, como declamador insigne, hubo de clasificarle Quintiliano en sus *Institutiones* entre los oradores: «Lucanus ardens (dice) et concitatus, et sententiis clarissimus, et, ut dicam quod sentio, magis oratoribus quam poetis adnumerandus (lib. X, cap. I). La autoridad de Quintiliano fué bastante para que los críticos que florecieron después, le pusieran ya entre los historiadores, ya entre los retóricos: algunos le apellidaron historiador y poeta; otros le negaron abiertamente esta gloria, siendo de notarse que semejante opinión estaba ya generalizada desde la edad más remota. San Isidoro, cuya extremada erudición tendremos ocasión oportuna de apreciar, se expresa en los términos siguientes, respecto del discípulo de Séneca, á quien cita con extraordinaria frecuencia en todos sus escritos: «Lucanus... in numero poetarum non ponitur, quia videtur historias composuisse, non poema» (*Ethim.*, lib. VIII, cap. VII, *De Poetis*). Al hablar de este modo, aplicaba San Isidoro la definición que acababa de dar del oficio

mos de sujetar á las leyes más trascendentales, proclamadas por los modernos críticos, para quilatar las epopeyas primitivas?... Imposible nos será también, reconocidos estos no dudosos fundamentos de la *Pharsalia*, el adoptar el incompleto criterio de los que, para explicar el extraordinario éxito que en Roma obtiene, asientan con tono decisivo que habían ya desaparecido las nociones del grande arte homérico, mientras presentan á Lucano como corruptor de las letras latinas¹. Consignémoslo, sin temor de extraviarnos: si no es posible negar que el ilustre hijo de Anneo Mela se apartó, al trazar la *Pharsalia*, de las tradiciones de la literatura helénica, siguiendo el ejemplo de su insigne maestro; si adoptó las doctrinas filosóficas abrazadas también por este, reflejando en no pequeña parte aquella vehemente ansiedad que le caracteriza; si no olvidó que pertenecía á una familia de eruditos declamadores, y desechó por último las sencillas formas artísticas cultivadas por Virgilio, negando á los dioses la intervención en su

del poeta, que consistía *ut ea quae vere gesta sunt, in alias species obliquis figurationibus cum decore aliquo conversa transducat*. El obispo de Sevilla, sentada esta definición, no dejaba de ser lógico; mas no así los que por odio al nombre español han esforzado dicha negativa, de quienes en el siglo XVI se quejaba ya el docto Hernando de Herrera, diciendo: «Lucano, si permiten los que aborrecen el nombre español, que se cuente entre los poetas que tienen estimación, trató... etc.» (*Anotaciones de Garcilaso*, Sevilla, 1580, pág. 372). El diligente Martín Lasso de Oropesa, uno de los primeros y más celebrados traductores castellanos de la *Pharsalia* (Ambers, 1585; Burgos, 1588), le califica de poeta é historiador, asegurando que los diez libros de este poema «son lo mejor que hay en lengua latina que sea historia verdadera y verso.» Casi lo mismo dijo después G. J. Vossio con estas palabras: «Inter historicos etiam locum damus M. Annaeo Lucano cordubensi: quippe poema suum de bello civili Caesaris et Pompeii fide historica scripserit (De *Historicis Latinis*, lib. I, cap. XXVI). No se olvide que el inspirado autor de la *Divina Comedia* le había asignado el quinto lugar entre los grandes poetas de la antigüedad clásica, diciendo (Cant. IV *dell'Inferno*):

Quegli è Omero poeta sobrano:
L' altro è Orazio satiro, che viene,
Ovidio è 'l terzo, e l'ultimo è Lucano.

¹ Mr. Nisard, *Études de mœurs et de critique sur les poètes latins de la decadence* (tomo I, Première partie).